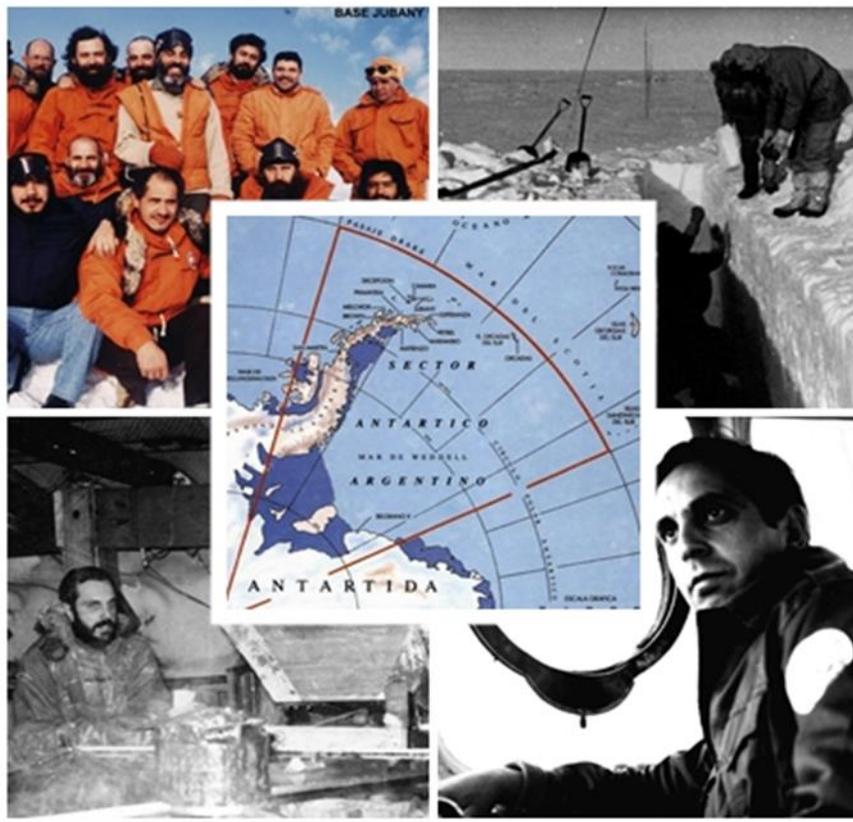


Antártida una pasión entrañable



Convengamos que me costó tiempo, dedicación y una amplia cuota de fortuna consolidar aquella utopía que motivó la lectura del antiguo libro de Moneta, citado en un principio.

Así fue que pude materializar mi sueño de viajar al sur. En mi mente de radiófilo empedernido sonaba marcadamente la hazaña de las casi cinco décadas que se cumplirían desde la primera comunicación entre la Antártida y el continente.

Efectivamente, recordemos que un lejano 30 de marzo de 1927 se realizó la primera comunicación radiotelegráfica entre la Antártida y la Estación LIK de Ushuaia, la ciudad más austral del mundo. Luego, a través de ella se establecería el puente con Buenos Aires.

Por aquel tiempo se escucharon por primera vez en el extremo sur los repiqueteos del alfabeto Morse, paso fundamental para el desarrollo de las comunicaciones en aquellas latitudes. Ese día, en el Observatorio Meteorológico de las Islas Orcadas, se inauguró oficialmente la Estación Radiotelegráfica con señal distintiva LRT.

Al telegrafista, suboficial de la Armada Argentina Emilio Baldoni, le cabría el orgullo de ser el principal protagonista. Este hecho probaba algo que hasta ese momento no se consideraba factible. La distancia y las inclemencias del tiempo constituían factores sumamente desfavorables para la radiotelegrafía en particular, teniendo en cuenta la precariedad de los primitivos equipos de aquella época.

Durante las once noches anteriores a este acontecimiento, desde la Isla Laurie, donde se encuentra actualmente la Base Orcadas, el Jefe de la expedición José Manuel Moneta, junto a Miguel Ángel Jaramillo, Pedro Martín Casariego, Luis Fállico y Conrado Becker, alentaban al telegrafista que pulsando el manipulador con firmeza transmitía repetidamente al éter: "CQ... CQ...CQ... de LRT... LRT... LRT... Orcadas, Orcadas, Orcadas", que significaba "Llamada general desde las Islas Orcadas

del Sur"... seguida con el texto: "Contesten llamadas muy largas para poder sintonizar... llamada desde Orcadas del Sur..."

Cuando ese histórico día se percibieron los sonidos Morse de las letras: "LRT... LRT..." repetidas en rítmicos intervalos, gritaron todos al unísono "Nosotros... Nosotros... Al fin... Al fin...", la pregunta era ¿Quién nos llama?.. y de inmediato se pudo escuchar "LRT... LRT...LRT... de LIK... LIK... LIK..."; a lo que exclamaron todos a un mismo tiempo "Nos llaman desde Ushuaia". Emilio Baldoni había probado que era factible la comunicación radioeléctrica entre el continente y la Antártida. Desde entonces, no han cesado ni las comunicaciones ni la presencia Argentina que se inicia en 1904... y yo, en mi tozuda fantasía, seguía soñando alocadamente con volver a protagonizar "mi" primera comunicación desde el continente blanco...

Mi primer viaje:

A principios de enero de 1974, desde la Base Aérea de "El Palomar" una aeronave Hércules C-130 enciende sus poderosos motores, embarca a la tripulación y al pasaje, carretea sobre la pista y levanta vuelo. Una comitiva de 28 personas, entre quienes me encuentro, iniciaría dentro de él su viaje rumbo al Aeropuerto de Ushuaia.

Ese fue el comienzo de un largo periplo. Ya ubicado en el vientre de ese inmenso pájaro cibernético tomando altura entre las nubes, respaldando mi cuerpo en sus asientos laterales, medité sobre todo lo acontecido y a la vez lo que me esperaba más adelante.



Desde la meticulosa preselección y el complejo examen psicofísico posterior a la convocatoria, la apendicectomía profiláctica obligatoria, los cursos de adaptación en alta montaña, y finalmente la emotiva despedida de familiares y amigos.

También la mutación con el medio ambiente de la gran ciudad que nos albergaba. La contraposición total con el silencio y los horizontes de hielo que la imaginación vislumbraba, materializados en doce meses de convivencia solitaria en medio de una misteriosa y agreste "pampa blanca"...

Ushuaia en pleno mes de enero también suele vestirse de blanco. En el trayecto que va desde el aeropuerto a la ciudad, transitaba gente arropada con proliferación de sobretodos, bufandas y pasamontañas. Una persistente aguanieve caía copiosamente.

El muelle de su puerto mostraba a la distancia un punto anaranjado que en breve se convertiría en el Rompehielos General San Martín. El crepúsculo alocado de esa latitud en el mes de enero no se compadece con el reloj. Recién oscurece pasadas largamente las diez de la noche...

La luz del día posterior al arribo muestra con mayor precisión tanto el pintoresco puerto como el perfil de la bahía y la imponente Cordillera de los Andes que allí dice adiós para sumergirse definitivamente en las aguas del Atlántico Sur.

Todo el paisaje contenido en una espléndida fotografía nos ratifica que nuestro país es bello. Aunque el poder de la imaginación no sería capaz de materializar lo que en días posteriores atesoraría mi mente para fijarlo de manera definitiva en mi corazón.

X - Soneto Fueguino

Nuestro sur es diferente, y aporta a su geografía
la calidez en su gente, que a la rigidez del clima
obra de modo oferente mitigando en la porfía,
y habita tozudamente pese a fríos y ventiscas.

Quienes habitan su zona de aguanieves y lloviznas,
heredada de los Onas que la habitaron purísima,
se reconfortan brindando la calidez de su estima
hacia el viajero que observa su entorno de maravillas.

Así la Tierra del Fuego, que sustenta a la Argentina
desde su vértice austral hacia el norte, peregrina
su mensaje federal de hermandad como provincia.
Aunque el país continúa tras los canales fueguinos,
y entre témpanos gigantes y mares embravecidos asoma otro territorio que también es
argentino!..



El sonido que emite la sirena de un buque al partir guarda características únicas. Resulta ronca, algo opaca, a la vez resuena fuertemente y se repite un par de veces más. Conmueve a quienes la escuchan, que inconscientemente no pueden sustraerse a un sobrecogimiento interior. Conforman el signo que denota la inminencia de la partida.

El pensamiento vuela inmerso en una íntima soledad, y uno queda indefectiblemente cautivo de sus propios recuerdos y de las expectativas por lo que vendrá.

Al día siguiente y ya vestido con el abrigado atuendo antártico, escucho en la cubierta principal la arenga del segundo comandante del rompehielos referida a las reglas a observar en la navegación, el simulacro de abandono en caso de alguna emergencia, y la actitud posterior que supone el sobrepaso del tempestuoso Pasaje de Drake, con roídos y cabeceos del buque entre bajas temperaturas, vientos huracanados y olas gigantes.

También el anuncio del itinerario posterior, la escala en las añoradas Islas Orcadas, luego las Islas Sandwich del Sur, y superada esa etapa el derrotero entre mares congelados y témpanos tabulares gigantes.

El objetivo final sería el arribo a la Base General Belgrano donde yo invernaría, ubicada sobre la Barrera de Hielos de Filchner, y enclavada en la Bahía Comandante Luis Piedrabuena ($77^{\circ}47'S$ $38^{\circ}15'O$), a escasos mil doscientos kilómetros del polo sur geográfico... Toda una aventura apasionante para aquella época!..

A cuatro décadas posteriores a este capítulo debemos reconocer que la escenografía ha variado. La actualidad nos muestra que ese emplazamiento ya ha desaparecido de este mundo terreno, dado que el calentamiento global acabó por destruirla.

Debió ser abandonada y refundarse el 5 de febrero de 1979 en un lugar más estable representado por el Nunatak Bertranb (afloramiento rocoso en un glaciar a los $77^{\circ}52'28''S$ $34^{\circ}37'37''O$). A partir de ese momento pasó a ser reconocida como Base Belgrano II.

El sector en donde se hallaba la primitiva base formó parte un gran témpano tabular de unos 100 kilómetros de largo y se encuentra desaparecida, desconociéndose su posterior suerte.



Volviendo al relato, pisar Orcadas fue la consolidación de mi utópico sueño. La Isla Laurie de ese archipiélago ofrecía la visión de un particular istmo bañado por dos bahías: Uruguay y Scotia. En medio de ambas y en ese anecdótico lugar pude observar extasiado el emplazamiento de la Base a la que aludía José Manuel Moneta en su añejo y motivador libro. La fantasía se convertía en realidad. Me cautivaron los cerros circundantes cubiertos por la nieve, el aroma interior que se percibía tras el pórtico de ingreso, la calidez de los habitantes que durante doce meses invernarían, el fervor de mis

colegas del éter en la multifacética estación de radio y la solemnidad de su diminuto cementerio. En cada una de sus cruces habría un trozo de historia teñida de sacrificio y heroísmo. Allí nacían realmente los fundamentos de nuestra pretensión soberana. Las islas Orcadas del Sur (referidas también como Órcadas del Sur) constituyen un archipiélago antártico ubicado entre los 60°50' y los 60°83' de latitud Sur, y entre los 44°25' y los 46°26' de longitud Oeste. Se hallan al oeste sureste de la isla Grande de Tierra del Fuego, al sur de las islas Aurora (Cormorán y Rocas Negras), al SO de la isla San Pedro (la mayor de las Georgias del Sur) y al noroeste de la península Antártica. La visión de todo lo expuesto potencia el valor, el coraje y la abnegación de quienes a principios del siglo XX se animaron a desafiar esa geografía inhóspita con los escasos rudimentos con que se contaba en aquellos tiempos.



Agotada la descarga en Orcadas al cabo de varias horas de permanencia, nuestro buque parte rumbo a un itinerario final donde el frío recrudece, y el mar se achata oprimido por una blanca capa helada. Los enormes témpanos de figuras variadas se multiplican, y la navegación hacia el sur se torna aún más dificultosa. El rompehielos comienza ahora su verdadera función de triunfar en su lucha contra la solidez del mar congelado. Atrás van quedando las Islas Sandwich del Sur y la proa ya enfila hacia el fondo del mar de Wedell. Queda latente en mis oídos el sórdido ruido de los sucesivos impactos del navío contra el mar congelado. Hacia adelante, desde la altura del “nido de cuervos” o bien llamado “cofa”, el observador ocasional percibe los canales que se abren mezquinamente entre el blanco suelo que ofrece el inmenso mar helado. De cuando en vez algún mamífero marino descansa sobre un témpano, o una multitud de pingüinos que se desplazan a nado por babor o estribor superando a la velocidad de 18 nudos que genera el navío atrapan nuestra atención. En la popa quedan como una estela dibujada en el mar teñido en grises los fragmentos de hielo que tienden a unirse posteriormente. En el aire, alguna bandada de gaviotas que escoltando a la nave reclaman su alimento proporcionan una última pincelada a este cuadro apasionadamente incomparable llamado “Antártida”.



Seis días más de navegación con un panorama similar hicieron falta para que sobre la banda

de babor se percibieran sobre la barrera de hielos algunas figuras humanas con vestimenta de color naranja. Mi primer viaje al continente blanco por modo marítimo había culminado.

Luego de dos días de intensa tarea de descarga el Rompehielos General San Martín posibilita el reaprovisionamiento de combustible, víveres y materiales diversos a la Base Belgrano. Embarca posteriormente a la dotación saliente y lentamente se va perdiendo en el horizonte rumbo al norte. Quienes quedamos en la costa con la consigna de habitar por un año ese pedazo de suelo patrio, desprendimos de un calendario curioso y personal la primera hoja con la esperanza que Dios permita que al cabo de un año las condiciones glaciológicas abonen nuestro relevo. Comenzaba en tiempo presente otra historia: Ahora debíamos desprender sucesivamente las restantes 364 hojas que completarían la invernada.

A un kilómetro de la costa estaban emplazadas las instalaciones que nos albergarían. En la superficie helada afloraban torres, antenas, tambores, dos arcos de fútbol, una pagoda con instrumental meteorológico y un enorme cubo anaranjado con un domo plástico transparente sobre el techo.



Por rampas y escaleras adosadas a un estrecho prisma rectangular se descendía a un laberinto subyacente a 14 metros de profundidad donde diversos túneles interconectaban a las distintas dependencias.

Toda esa infraestructura interior serviría para albergar la tarea de 28 voluntades que en distintas jerarquías y disciplinas laborales permitirían por un año más la continuidad de trabajos en el jalón más austral de la Patria. Las comunicaciones de aquella época se basaban en transmisiones con rebote en la ionósfera en las bandas de alta frecuencia, para poder establecer contactos con la Argentina continental y el resto del mundo, o bien con los vehículos a oruga que participaban de las ocasionales patrullas.

Además algunos equipos auxiliares de mano de muy alta frecuencia utilizados para cubrir distancias cortas completaban junto al radiofaro el bagaje principal de elementos. Los satélites de comunicaciones, la telefonía celular, Internet y todas sus variables configuraban aún una lejana utopía que llegaría mucho tiempo más tarde.

Todo dependía de los caprichos de la inestable propagación, sujeta también a las variaciones de las capas ionosféricas, las frecuentes tormentas magnéticas y las auroras australes que incidían perjudicialmente en el rendimiento de los comunicados.



En guardias nocturnas junto al meteorólogo de turno, y cuando el volumen del tráfico cesaba y el mate se adueñaba de la radio, solíamos practicar escuchas de emisoras que difundían en las bandas de alta frecuencia (conocidas como ondas cortas). Aparecían emitiendo en idioma español Radio Nederland de Holanda, Radio Pekín de China, o la BBC de Londres, con excelente caudal de potencia. En contraposición las ondas cortas que poseía LR1 Radio El Mundo (LRX1 y LRX2) colocaban señales tenues apenas perceptibles.

Mi acompañante era entrerriano y yo bonaerense... cómo nos hubiera gustado empacharnos con chamarritas o tangos... O bien que alguna voz conocida nos recuerde que Concordia existía y Avellaneda también!... Una de las tantas enseñanzas que nos brindó la invernada con sus lejanos horizontes de hielo fue la valoración de las cosas simples.

Son las que abundaban tanto en Concordia y en Avellaneda, como así también en cualquier lugar del orbe. Ocurre que en determinados momentos de nuestras vidas no supimos apreciar cabalmente esos privilegios. Otro ejemplo de orden local a tener en cuenta en esta austral latitud es la larga noche polar. En medio del solsticio de invierno el sol durante un lapso de cuatro meses se ubica por debajo de la línea del horizonte. Todo el exterior configura una extensa estepa en tinieblas.

Cuando en la primavera el astro rey emerge, una rara emoción nos invade y así llegamos a tener conciencia sobre su real valor. Tampoco dejamos de valorar algunas noches serenas alumbradas por estrellas increíbles y fulgurantes como ningunas que nos acompañaron en marchas nocturnas. Menos aun cuando ese escenario se mimetizó temerariamente con el color de las tormentas. Todo quedó atrapado en la magia indeleble del recuerdo.



Llegó el verano, y desprendimos la añorada hoja 365 del calendario belgraniano, luego de haber vivido innumerables situaciones de todo tipo. Muchísimas de ellas para recordar eternamente. Otras pocas, para ejercer sobre lo actuado un piadoso olvido. Pero siempre con el legítimo orgullo de haber gozado de un privilegio no muy común para un argentino, como es el de posar las plantas sobre la parte más austral de su territorio.



XI - Soneto a Base Belgrano

Imaginemos a un bloque milenario que transita
lentamente sobre mares con ignota perspectiva.
Kilómetros de blancura en la larga estepa helada
que alberga con su figura los tramos de la invernada...

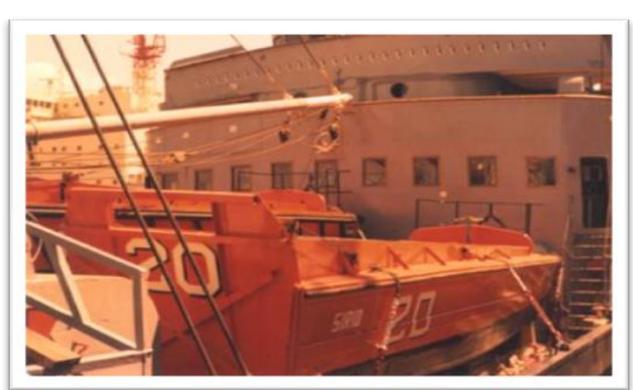
Atrás quedaron sus túneles soterrando dependencias,
sus auroras, sus ventiscas y sus tormentas magnéticas.
La larga noche polar, las patrullas y las grietas,
y el recuerdo hacia los bravos que se inmolaron en ellas.

Fui uno más entre sus hielos, soldado privilegiado
que dejó bajo sus botas hondas huellas en el tránsito,
constituyendo un orgullo que perdura por los años...

Entre glaciares que flotan sobre los mares helados,
y en latitudes remotas de nuestro sur olvidado
hubo una enseña argentina con los colores antárticos!..

Mi segundo viaje:

En noviembre de 1978 volvería transitar por nuestro sector antártico. Zarpaban desde la Dársena "A" del puerto capitalino emprendiendo su campaña de verano el Rompehielos General San Martín y el Transporte ARA Bahía Aguirre.



A bordo de ese buque y con escala previa en Orcadas desembarcaría luego en la Base Esperanza, ubicada en el extremo norte de la península antártica (o Tierra de San Martín) a los 63° 23' 52" S, 56° 59' 47" W. Se trata de una estación científica de la República Argentina ubicada en punta Foca (entre las caletas Chozas y Águila) de la Bahía Esperanza, en la península Trinidad, la cual se halla bañada por el estrecho Antarctic.

Una geografía distinta por su natural belleza y paralelamente una misión diferente a la anterior. Coordinar un grupo de trabajos aprovechando las bondades que nos ofrece el verano, con temperaturas más benignas, mayor luz diurna con breves crepúsculos nocturnos, y un elaborado y cuidadoso plan de tareas de mantenimiento de las instalaciones



XII - Soneto a Base Esperanza

Simetría especular con el sur del continente,
emergiendo en el solar de una península agreste.
Con hielos que la circundan en los gélidos inviernos,
y con aguas iracundas en las huestes del averno.

Así aparece Esperanza, entre glaciares y cerros,
añorando las andanzas de sus patrullas de perros,

con un canto de alabanza a los antiguos pioneros
que forjaron una traza hacia un horizonte nuevo.

Hoy persiste cual coloso desde ese vértice enhiesto
un jalón atesorado con sus pares más sureros.
Con un Fortín adosado como Cabral a la historia,

con tradiciones heroicas, con dotaciones y glorias,
con misiones que fecundan su patriótica memoria,
inscrita ya en la leyenda de su larga trayectoria.

Resalto un hito relevante que actuó como posterior disparador de un proyecto ambicioso. El capellán de la Base Esperanza Reverendo Padre Jesuita Buenaventura de Filippis celebró en la nochebuena de 1978 la tradicional Misa de Gallo a la hora 22. Con el consentimiento del Jefe de la Base capitán de comunicaciones Juan Carlos Videla y además del mismo sacerdote que la oficiaría, la misa fue grabada con buena fidelidad. Luego, a través de la estación de radio y utilizando las frecuencias del móvil marítimo (4490 y 8980 kilohertzios), a las 23 se comenzó con la irradiación de villancicos y antes del enlace meteorológico de las 24 conteniendo la emisión de los partes de todas las bases, se difundió la grabación obtenida previamente de la misa.

Nunca supusimos que esa medianoche tendríamos una respuesta tan conmovedora. Las estaciones hispano parlantes que integraban la cadena de partes meteorológicos nos felicitaron por la iniciativa. Las que pertenecían a la República de Chile, pese al estado beligerante entre ambos países por el conflicto del Canal de Beagle, nos trataron de "hermanos argentinos" y dando las gracias se despidieron de nosotros hasta el próximo intervalo.

Con alguna lágrima aflorando impensadamente en nuestros ojos, quienes estábamos presentes en la estación de radio resaltamos la importancia del Dios Supremo, y además revitalizamos el fervor hacia nuestra eterna compañera, la radio, que en este caso atípico operaba como mensajera de la paz.



En coloquios posteriores con camaradas más allegados surgirían las motivaciones que unían a dos circunstancias parecidas: La de cuatro años atrás en la lejana Base Belgrano cuando añorábamos expresiones radiales que tuviesen un "color" argentino y este último episodio del "atreimiento" en utilizar transgresoramente las frecuencias del servicio móvil marítimo para la emisión de villancicos y luego la conmovedora Misa de Gallo, prologando a la Navidad Blanca de 1978.

Conclusiones lógicas que emergieron: Por qué no tener una emisora de radio oficialmente constituida en el territorio que reclamábamos como legítimamente nuestro?..

En el regreso al continente, cuando fenecía marzo de 1979 en el Transporte ARA Bahía Aguirre, junto al grupo de trabajos antárticos, nos unía el íntimo deseo de volver a ver el color y el calor de Buenos Aires, y además la incógnita sobre el eco que tendrían las gestiones para instalar una emisora oficial de radio en la Base Esperanza.

Y de allí en más, en los meses subsiguientes a nuestra llegada, arduas serían las tramitaciones que sobrevendrían. El planteo hacia las autoridades nacionales, y los trámites posteriores para el aval de la entonces Secretaría de Comunicaciones, el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, la Secretaría de Información Pública, y también la insólita controversia con algunos pragmáticos que consideraron el planteamiento como un despropósito. Finalmente, y ya con la viabilidad del proyecto concretada, comienzan los contactos con Radio Nacional Buenos Aires y se establecen además los cursos de perfeccionamiento en el ISER, con la capacitación específica de las personas que integrarían las comisiones que viajarían con el proyecto ya consolidado.

El invierno porteño fue testigo del amarre del moderno Rompehielos “Almirante Irizar” en la Dársena “A” del Puerto de Buenos Aires. Había arribado desde su país de origen (Finlandia), adquirido por Argentina para la compleja navegación en la Antártida. En su viaje inaugural, el buque emprendería la “prueba de hielos”. Ello supondría, a la par de comprobar su idoneidad como ariete entre los hielos, reabastecer de materiales, víveres y personal a destacamentos y bases ubicadas en nuestra Antártida.

Mi tercer viaje:



En una fría mañana, el 24 de agosto de 1979 zarpaba desde el puerto de Buenos Aires el imponente Rompehielos “Almirante Irizar”.

Sus amplias bodegas cobijaron víveres, indumentaria, combustibles y materiales diversos para el reabastecimiento de las bases y destacamentos. Además habría también cabida para un enorme transmisor de 1.200 watts, una consola de transmisión, grabadores, columnas de cemento para transporte de cables de energía eléctrica, torres, antenas, cables, material de difusión y accesorios diversos. Su hangar alojaba a dos helicópteros "Sea King" de la aviación naval.

Ellos, en el confín austral de la patria cumplirían la última etapa del transporte, dejando sobre la helada superficie al material seleccionado y a seis hombres expertos en comunicaciones. Fueron ellos, tres bonaerenses: Francisco "Paco" Vilá, Antonio Luis Pascual y quien redacta esta crónica; además del catamarqueño Julio Oscar Martínez, y los santacruceños Felipe Cuenca y Victoriano Garay.

La misión encomendada fue la de unirnos a la dotación que invernaba en Base Esperanza, para consolidar el proyecto de poner en el aire a LRA36 con el agregado de su emblemático nombre: "Arcángel San Gabriel", por ser este el Santo Patrono de las Comunicaciones en nuestro país.

Posteriormente, y a partir del 17 de septiembre, fecha de arribo a bahía Esperanza, se suceden las jornadas de arduo trabajo desafiando a una naturaleza hostil. Situaciones impredecibles donde se alternaban los logros y alguna frustración. Las añoranzas por lo que quedó atrás en el continente, y la ansiedad lógica por ganarle al tiempo cronológico y a la impredecible meteorología antártica.

Mediante el empleo de geodestas expertos se pudieron efectuar las marcaciones para la direccionalidad y el plano horizontal de una antena rómbica, ideal para asegurar la calidad de las emisiones. De tal manera, se logró superar el plano inclinado que se produce cuando el sitio de instalación es montañoso e irregular. La altitud de las torres debe ser menor en los planos elevados y mayor en los planos bajos para el logro de una correcta horizontalidad.

No fue fácil horadar rocas a pico, pala, punta y barreta, para emplazar el basamento de las torres y las riendas de sujeción. Licuar luego la nieve y convertirla en agua bullente, generando después el hormigón con las piedras de la costa y el agregado de cemento portland con el adicional de un fraguante rápido. Logrado ese material, rellenar luego el encofrado previsto para el emplazamiento posterior de torres y anclajes de sujeción.

Tampoco resultó fácil erigir las cuatro torres, afirmarlas, y colgar posteriormente los rollos del resistente alambre "coperweld" que conformaría el rombo con tres planos de 53 metros de lado, que sería en definitiva el encargado de lanzar al éter la futura programación. Además el tendido de las largas líneas de alimentación que transportarían la energía eléctrica para alimentar a los equipos. Mucho menos, voltear paneles laterales de la casa habitación para poder introducir a los módulos de aquél gigantesco equipo de transmisión de onda corta, junto a las consolas de transmisión.

Volver luego a restaurar la casa, y acondicionar simultáneamente al grupo electrógeno de energía trifásica para alimentar los equipos. Pero el esfuerzo, la perseverancia y la profesionalidad de quienes participaron, vencieron a todos los imponderables con los cuales se tropezó. La primera salida al aire con el apoyo de LRA10 Radio Nacional Ushuaia y LRA24 Radio Nacional Río Grande resultó emocionante. Tal hecho marcó un hito en la radiotelefonía argentina. Era la primera y única radioemisora del mundo que por aquel entonces emitía oficialmente desde el continente blanco!..

Recuerdo el momento y la composición de la frase musicalizada con la milonga “La Primavera” de y por Víctor Velázquez que horadó el éter. Con emoción contenida expresé en vivo: “En su frecuencia de 6030 kilohertz, en la banda de 49 metros, está emitiendo en prueba y para el mundo LRA36, Radio Nacional Arcángel San Gabriel, desde la Base Esperanza, en el Sector Antártico Argentino!..” El enorme transmisor Philips TJB de apenas un kilovatio y medio de potencia haría que el mundo acuse recibo a breve plazo de nuestro accionar.

Luego vendrían otros logros, con la puesta oficial en el aire el 20 de octubre a las 11:20 AM de Argentina (02:20 PM UTC). En la programación primarían las historias antárticas, salpicadas con música nacional. El primer programa unitario llamado “Horizontes de Hielo”, trató de amalgamar comentarios puntuales sobre actividades de la Base Esperanza y del Fortín Antártico Sargento Cabral.

Así también luego figurarían actualidades de las otras bases y destacamentos argentinos. También la inserción de música nacional junto a los informes glaciológicos y meteorológicos cuya utilidad alcanzaría a quienes navegaban por Antártida, sin distinción de países, razas o credos. además la consecuente reflexión de que había aglutinado la trilogía de bondades que el supuesto mago frotando la lámpara habría logrado: Ese primer programa “Horizontes de Hielo” produjo una deliciosa simbiosis había encadenado tres pasiones expuestas... propalar tangos a través de la radio... y desde la Antártida!...



Los primeros operadores de cabina técnica y planta transmisora fueron Eduardo De Carli y Horacio Barbagallo. En la locución, se desempeñaron junto a mí en la producción y conducción, las señoras María Medina, Silvia Arnouil y Cristina Graff.

En la segunda dotación que también tuve el privilegio de integrar, debo hacer mención que previo curso en el ISER (Instituto Superior de Enseñanza de Radiodifusión) fueron locutores y locutoras la señora Graciela Calmón y los señores Alberto De Canio y Daniel Borgna. En la apoyatura técnica aportaron su trabajo Ricardo Fidel Chidichimo y Marcelo David Posse.

El sueño estaba cumplido. Al regreso formé parte del equipo de producción de la radio y también actué como coordinador entre el ISER y Radio Nacional sobre temas del posterior devenir radiotelefónico antártico.

Quizás todo lo expuesto ya forme parte de la anécdota. En la bruma del recuerdo quedarían las añoranzas de escuchar una radio argentina que acompañara a nuestros compatriotas en la larga vigilia antártica.

En la osadía previa de emitir en las frecuencias del móvil marítimo con equipos no convencionales los villancicos de la nochebuena de 1978, y luego la conmovedora misa de gallo. Resonarán por siempre las palabras del padre De Filippis en la consagración, como una maravillosa metáfora: “Este es el cáliz de mi sangre... sangre de la alianza nueva y eterna...” que en el caso estaba representada por el titánico esfuerzo de la totalidad de los integrantes de la Base Esperanza y del Fortín Antártico Sargento Cabral.

El sueño ya estaba totalmente cumplido. Posteriormente, centenares de radioescuchas nos ofrecerían su testimonio escrito dando cuenta de la recepción de nuestra señal en dispares puntos del Planeta.

Las dotaciones posteriores que operaron LRA36 ya consolidada oficialmente, perfeccionaron los aspectos técnicos y operativos. Las horas de irradiación fueron ampliadas, y la era de los satélites de comunicaciones tendieron su puente, superando así el aislamiento con las gélidas latitudes que nos separan de ese suelo lejano y querido, rodeado de mares tempestuosos y fosas marinas abismales.

Actualmente se la puede escuchar en la tarde/noche en la frecuencia de 15476 Kilohertz. También a través de las aplicaciones por Internet. Vaya el merecido reconocimiento a toda la dotación 1978/79 de la Base de Ejército Esperanza, a quien le cabrá el mérito de haber participado en la difícil empresa de consolidar su apoyatura para la primera radiodifusora antártica oficial del mundo.

A los soldados voluntarios que aportaron su cuota de arduo trabajo en la campaña antártica del verano, a la Armada Nacional y a la Fuerza Aérea Argentina que transportaron materiales y personal. A los directivos de LRA1 Radio Nacional Buenos Aires, a su personal técnico, locutores, operadores, administrativos, y muy especialmente a los productores del noticioso de la hora 19 por su infinita paciencia y dedicación.

Otro agradecimiento paralelo a la colega LS5 Radio Rivadavia que mediante su “Oral Deportiva” y al influjo de su conductor José María Muñoz, nos brindó la oportunidad de salir al aire en etapas previas, haciendo difusión de nuestro quehacer antártico los días domingos por la tarde, en el espacio del fútbol.



XIII – Soneto a LRA36 – Radio Nacional “Arcángel San Gabriel”

En la ladera de un monte con perspectivas agrestes,
con hielo en el horizonte, y entre nevadas frecuentes,
una caleta lindera muestra una antena que emerge
lanzando al aire su diestra argentina y elocuente.

Dice que el sur se desliza tras de los mares helados,
que el vértice no fenece en la Isla de los Estados,
y el Ande sumerge rocas en el océano Atlántico
que majestuosas emergen en nuestro Sector Antártico.

Con el signo del Arcángel anunciando al Nazareno,
se bautizó en este suelo la emisora más austral,
orgullosa, nacional, didáctica y competente,

evocativa en la historia, generosa con su gente,
solidaria en la memoria de quienes constantemente
reconstruyen su pasado y enaltecen su presente!..

Mi cuarto viaje:

Fue el de más breve permanencia, tan solo durante los meses febrero y marzo de 1981. Viajamos por modo aéreo con escala técnica en Río Gallegos, para luego dar el salto sobre el Atlántico sur tanto a la ida como al regreso, mediando otro trasbordo en Comodoro Rivadavia para el destino final del retorno en El Palomar. En este caso la misión consistió en la inspección de instalaciones de la emisora y el mantenimiento de la nueva antena rómbica construida en el verano anterior.

Una de las torres caídas por los frecuentes temporales que azotan a esa zona debió emplazarse nuevamente. Sobre esa torre que soporta la diagonal menor del rombo, lindante al oeste con la caleta Águila, convergen tres planos de alambre espaciados un metro entre unos y otros. El

plano más bajo no guardaba tal distancia, y me propuse luego del almuerzo omitir una breve siesta para poder subirme a la torre y reubicarlo en la medida correspondiente.

Debía ascender alrededor de doce metros. El cielo aparecía plomizo y las nubes medias teñidas con un manto oscuro se desplazaban hacia el oeste con cierto vértigo, mostrando a la vez la evidencia de que incrementarían su velocidad. Las normas de seguridad aconsejan en estos casos que uno debe trabajar de espaldas al viento.

Cuando alcancé el plano del rombo inferior pude medir la distancia que lo separaba del plano medio. Luego de desprenderlo y reubicarlo a la distancia correspondiente noté que el viento me azotaba con inusitada fuerza.

Me costaba manipular las herramientas contenidas en un bolsón auxiliar. Me aferré a la estructura metálica asegurando pies y manos e introduciendo ambas extremidades inferiores en los soportes interiores de la torre. Cuando las ráfagas arrachadas me daban algún respiro, elevaba la mirada hacia el cielo observando a las nubes que se desplazaban raudamente.

Descubrí el cubre mitón y el mitón interior, y pude controlar con alguna dificultad la hora: 2:55 PM. No tenía idea precisa del tiempo transcurrido desde la ascensión. Si pude reflexionar durante mi estatismo en la torre que compartiendo mis días con la familia del meteorólogo debí haberlo consultado mínimamente sobre la posible baja de la presión atmosférica.

No lo hice y convengamos que pudo costarme caro. Al regreso de esta atrevida aventura y reponiéndome con la ingesta de un café caliente, pude visualizar en el instrumental del observatorio la lectura en la faja del anemógrafo a la hora aproximada de la reparación: Velocidad máxima de las ráfagas: 65 nudos. La operación matemática para reducir la operación a kilómetros por hora es tomar el doble de la lectura observada, menos el 10 por ciento.

Conclusión: las ráfagas del viento alcanzaron una máxima de 107 Km/h en mi imprudente actividad. Otra transgresión cometida por mí entre otras tantas, y en este caso absolutamente innecesaria. No era el momento adecuado para encarar en forma solariega semejante actividad.

La presunción de lo que consideraba mi última permanencia en Esperanza me inducía a recorrer sitios que me produjeron gratas emociones. Entre muchos de esos lugares extraigo a la maroma, donde permanecían amarrados los perros polares.

Cuántas veces acompañando al Padre Buenaventura De Filippis durante campañas anteriores, había podido apreciar deslumbrado su “diálogo” con los canes. El sacerdote les hablaba con cierto falsete en su voz mientras les proporcionábamos el alimento, y los animales nos “respondían” a ambos con alegres ladridos, gruñidos, saltos y cabriolas...

Tal era la interacción nuestra con los legendarios perros polares argentinos. Nobles descendientes de las razas Husky Siberiano, Alaskan Malamute, Groenlandés y Spitz.

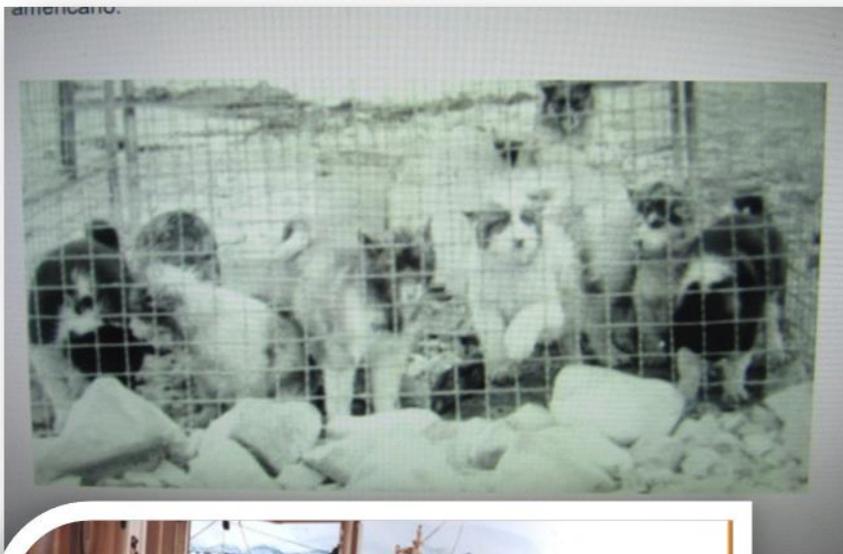


En mi última invernada de 1991, pude apreciar el doloroso repliegue de todos ellos, habida cuenta del dictamen donde el Tratado Antártico de protección del medio ambiente, en una de sus normativas especificaba que su "especie exótica" (no autóctona) imponía el traslado de todas las dotaciones al continente americano.

En uno de los amarres de la maroma movía su oscura cola "Yucón", uno de los perros guía de la dotación de 1981. Mientras lo acariciaba con ternura, él me prodigaba lengüetazos y gruñidos tiernos, parado en sus dos patas traseras y alcanzando a mi estatura. Tal circunstancia me retrotraía a dos años en el recuerdo.

En el primer período de la puesta en el aire de la radio LRA36, cuando trataba de obtener "sonidos" antárticos para editarlos en programas, me propuse en esa oportunidad reflejar el deslizamiento sobre la nieve del trineo en su marcha, y las voces de mando que debían expresarse para que las parejas de perros comandadas por el perro guía obedecieran al mandato del patrullero. Salimos al terreno con el perrero Muñoz, un experto en la materia, y mi grabador portátil.

Trotábamos a ambos costados del trineo a velocidad moderada y allí surgirían las expresiones: "siga, sigaaa! ...dreeee... prrrrr... stooop!" y similares, en tanto que los canes obedecían puntualmente al mandato. En un momento de descanso pretendo comprobar la calidad de la grabación. Sentado sobre el costado del trineo rebobino el aparato y oprimo la tecla del audio. El sonido es aceptable y reproduce con veracidad el detalle de las pisadas trotando sobre la nieve, además del deslizamiento del trineo y las voces de mando correspondientes. Pero cuando "Yucón" que parecía desatento descansando sobre la nieve escucha "Siga, sigaaa!" se incorpora como un resorte, obliga al team de perros a su mando a hacer lo propio, arrancan vertiginosamente, mi grabador y yo volamos por los aires y el perrero Muñoz no puede contener una larga risotada.



Vaya este recuerdo personal en mérito a los innumerables canes con los que pudimos compartir momentos. Su nobleza, energía y temperamento serán siempre un ejemplo para nosotros. Quizás el más recordado de los perros polares argentinos, sea entre otros, un ejemplar llamado "Poncho".

Se destacó en la historia polar argentina por su increíble capacidad de avisar a los hombres que frente a ellos se encontraba una traicionera grieta oculta. En una oportunidad, además, guio con toda precisión a un equipo de rescate hasta localizar a los sobrevivientes de un accidente de aviación, que fueron recuperados en su totalidad.

También existen testimonios de un perro llamado "Simba" que formó parte de una dotación extranjera que luego de deambular extraviado largos kilómetros por suelos helados recaló definitivamente en una base argentina. Otro peculiar habitante canino totalmente antagónico a ellos fue en la Base Esperanza el perro "Complegini".

Protagonizó al ejemplar enigmático y vagoneta que pudo eludir todos los protocolos. Simulaba hacer fuerza tirando del arnés a semejanza de sus pares que arrastraban el trineo, cuando en realidad se había liberado del tándem y trotaba sin esfuerzo alguno, camuflado a la par de sus homónimos...

Cuantos recuerdos imborrables... Atrás de la paradisíaca bahía que observaba desde el ojo de buey de mi camarote en el Rompehielos Irizar de mi repliegue final, quedó para siempre grabada en la memoria la Base Esperanza, con sus sagaces perros que en algo más de una década serían relevados por decisión de la convención aprobada por los miembros del Tratado Antártico.

También su estación de radio, mis tres campañas operando en ella, los comunicados logrados como radioaficionado argentino, la instalación de la flamante emisora LRA36, y todas las connotaciones que posteriormente evocaría con infinita nostalgia. La tecnología había sentado ya sus bondades en la pampa blanca y todo lo anterior pasaría a ser anecdótico



Mi quinto y último viaje:

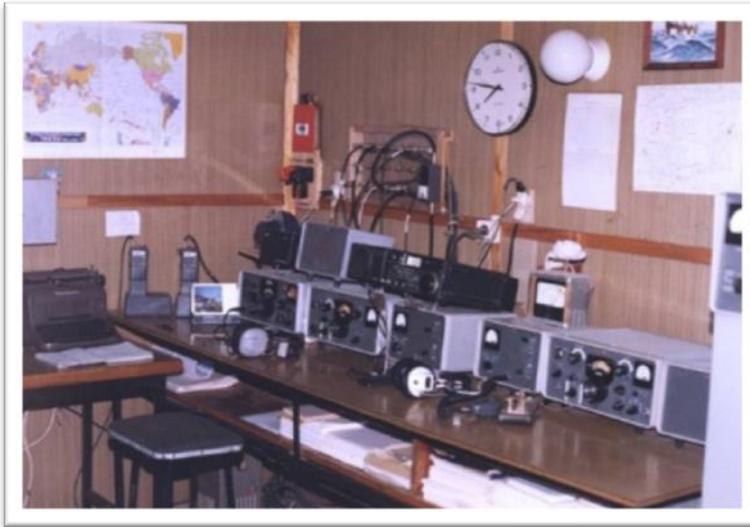
Impensadamente, en octubre de 1990 en la cena anual de la Asociación Polar Pingüinera Antártica Argentina a la que siempre estuve ligado, quien compartió al azar mi ubicación en una de las múltiples mesas servidas en la Dirección Antártica del Ejército, me propone volver a la Antártida.

La dotación que invernaría en la entonces Estación Científica Jubany, carecía al momento de un radio operador. Esa base científica está enclavada en las Islas Shetland del Sur, más precisamente en la Isla 25 de Mayo a $62^{\circ} 14'$ de latitud sur y $58^{\circ} 40'$ de longitud oeste.

De aceptar el reto culminaría mi actividad en el sexto continente habiendo invernado en principio sobre mar congelado en una barrera de hielos donde estuvo enclavada Base General Belgrano, y luego en tres oportunidades consecutivas sobre la Antártida continental en la Base Esperanza, ubicada en el extremo norte de la península antártica.

En esta nueva apertura que se me abría, aparecería la Antártida insular, en el citado archipiélago de las Shetland del Sur. Mi buen amigo

Miguel Suhaida, excelente comunicador de antiguas invernadas, y en esos momentos a cargo de las comunicaciones en la Dirección Nacional del Antártico me proporcionaba la llave para abrir la puerta de un quinto y último capítulo teñido de blanco con sus horizontes helados. Estaba en mí aceptar el reto. Y lo acepté.



El cálido clima de Buenos Aires en el verano porteño de 1991, se trasmutó a cinco grados negativos (entiéndase bajo cero), cuando el helicóptero Bell me transportó desde la cubierta del Rompehielos Almirante Irizar hacia la Estación Científica Jubany (hoy rebautizada Carlini), que me albergaría hasta marzo de 1992.

Un numeroso grupo de científicos de diversas disciplinas, junto a técnicos, administrativos, baqueanos, y algunos directivos del Instituto Antártico Argentino, componían la campaña antártica del verano. Mimetizados entre ellos, tan solo 14 permaneceríamos juntos hasta el próximo verano, componiendo la dotación estable de ese asentamiento.

Otra faceta distinta de la geografía antártica, apareada a la misma maravilla de un paisaje bello como otros tantos, que superando el paralelo 60 de latitud hacia el sur se abre ante nuestros ojos. Resaltaban a primera vista el imponente cerro Tres Hermanos con sus 210 metros de altitud, sobre el fondo el nunatak Yámana y el glaciar Fourcade. En el otro extremo de la caleta y frente a la Base, el glaciar Collins.

La radio siempre estuvo presente como un vívido estandarte personal. Ya sea evacuando partes meteorológicos, o bien telegramas, o comunicados de voz a través de Radio General Pacheco, o como radioaficionado, y por qué no otras tantas similitudes cuando las condiciones de propagación nos favorecían.

En tales circunstancias las ondas cortas acercaban de cuando en vez alguna música o comentario deportivo, pueblerino, o ciudadano, en los pocos momentos de ocio que la numerosa actividad comunicante lo permitiera.

Las tareas radiales comenzaban temprano integrando al personal científico disperso en múltiples campamentos. Ellos eran enlazados con familiares ansiosos de ese contacto. También se operaba vinculando a otros integrantes de las dotaciones que navegando en los botes neumáticos con motor fuera de borda, sobrellevaban tareas de biología marina y necesitaban de ese apoyo radial por su propia seguridad.

Este asentamiento insular, a diferencia de los otros que habité en continente y barrera de hielos, mostraba una particular característica en cuanto a su versatilidad cosmopolita. La isla 25 de Mayo (para otros países renombrada como King George), es la mayor de las islas Shetland del Sur en la Antártida.

Más del 90% de la superficie es de hielo. Mide 95 km de largo por 25 de ancho y su altura máxima alcanza los 705 metros. En ella convivíamos con antárticos de Brasil, Chile, China, Corea del Sur, Perú, Polonia, Rusia y Uruguay.



Esta circunstancia me permitió una mayor interacción, mostrando a través de la convivencia cómo son los hábitos y las costumbres de individuos de otros países que como nosotros pretenden acreditar su espacio soberano en la Antártida y deben tácitamente compatibilizarse con los nuestros. En los casos de internadas anteriores otra circunstancia de aislamiento nos cobijaba bajo una única bandera solidaria. En esta oportunidad particular debemos admitir el hecho de supeditarnos a la vigencia de un tratado a nivel internacional que en determinado momento se expedirá acordando una definitiva pertenencia. Mientras tanto debemos hacer valer nuestra trayectoria y nuestros antecedentes, redoblando a la vez la permanencia y la actividad para convalidar legítimos derechos adquiridos desde un lejano 22 de febrero de 1904.

Mis trece meses de permanencia en las islas me permitieron disfrutar de diversas actividades en las cuales no había incursionado antes. Una de ellas fue la de tripular, y en menor medida pilotear, botes neumáticos con motor fuera de borda. Los viajes consistieron en visitas a otras bases, o bien acompañar a los buzos y biólogos en sus tareas específicas, o eventualmente disfrutar de un breve paseo cuando la meteorología se mantuvo benévola.



Quizás la mayor emoción en estas navegaciones consistió en el avistaje, a escasos veinte metros del bote, de una pareja de ballenas jorobadas con su cría emergiendo en la superficie del mar.

Otra no menor, en un operativo de matasellados filatélicos en bases extranjeras, cuando una sorpresiva tormenta nos obligó a recalar durante una noche en la base uruguaya hasta tanto las condiciones meteorológicas lo permitieron.

Cuando el mar se encrespa y las olas alcanzan metros de altitud, el bote simula ser un simple juguete en medio de la marejada. De a momentos asciende a la cresta del oleaje y de inmediato cae en una suerte de valle líquido a la espera de un posterior embate. Los tripulantes se aferran a las agarraderas e inconscientemente se recuerda en silencio alguna oración, y a la vez se fortalece la valoración sobre la vida.

En época invernal cuando el espejo marino se solidifica resulta gratificante y a la vez curioso transitar a pie sobre el mar congelado de la caleta alcanzando algún témpano varado, o bien la costa

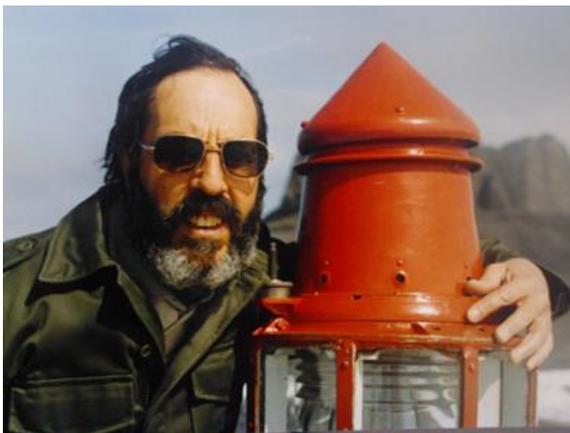
opuesta. También recorrer largas distancias con las motos de nieve apoyadas en ese mismo mar congelado, o bien transitando sobre las superficies heladas de la propia isla.



Primavera y verano apuntan hacia otra visión, con mayor proyección de luz diurna, y consecuentemente el arribo de grandes colonias de pingüinos, también de aves diversas y mamíferos marinos de gran porte que procrean, multiplicándose así en ese entorno las cadenas tróficas del hábitat antártico.

Todo apunta hacia el entendimiento de que el tema antártico es tan amplio que cabría en el acopio de innumerables páginas de un libro exclusivo y a la vez teñido absolutamente de blanco... Y para los argentinos de azul y blanco!..

Crónica de un día antártico (cuento) - Mereció una Primera Mención en un concurso literario que promovió la Universidad Nacional de Lomas de Zamora.



Aquella madrugada de julio de 1991 presentaba un aspecto poco frecuente, con un cielo totalmente despejado, donde las estrellas increíbles del firmamento antártico brillaban sobre el incipiente crepúsculo. Me sorprendían saliendo de la casa habitación de la estación científica Júbany en la Isla 25 de Mayo perteneciente al grupo de las Shetland del Sur. Hacia el norte, la luna en cuarto menguante, era apenas un dibujo de historieta proyectando su haz de luz sobre el glaciar Collins. La forma curiosa del satélite reflejando su plata se multiplicaba mostrando en la nieve parte de su

resplandor. El anemómetro quieto mostraba la ausencia del viento. Los 17 grados bajo cero no sufrirían el efecto de la sensación térmica.

El mar, inmenso misterioso y de matices cambiantes ya no existía, aparecía cubierto con una blanca corteza congelada alterada de vez en cuando por escombros producto de las corrientes costeras y con el complemento de un enorme témpano tabular varado en la entrada de la caleta. Mientras los minutos corrían, algo de claridad disimulaba el brillo de la última estrella. Sorteando un declive de siete metros con algunos saltos abruptos mimetizados por la acumulación de nieve me situarían al borde del mar congelado.

Era el mismo mar que días atrás había surcado a bordo del bote neumático sorbiendo su incomparable salitre acompañando al Pablo y Alfa en la tarea de recolección de muestras de fitoplancton y peces antárticos que luego serían procesados en el laboratorio. Esa extensión de agua, ahora sólida, significaba un réquiem para el bote hasta septiembre quizás, cuando la primavera como un hada puntual renueva el ciclo y permite que nuevamente sea posible surcar sus aguas. Llamaba la atención que en medio del silencio se oyera un chirrido que partía desde las fisuras del hielo costero, como si el mar desde sus entrañas, se resistiera a desaparecer. Por las heridas abiertas hacía notar su presencia subyacente y una leve ondulación de la corteza blanca lo ratificaba.

Me sentí tentado de dar unos pasos a partir del lugar que ayer fuera orilla, despaciosamente, con precaución, tomando conciencia de la maravilla que significaba caminar por primera vez sobre un espacio recientemente solidificado. Medité sobre las personas que a miles de kilómetros estaban impedidas de disfrutar la sensación única que ofrecía esta porción del planeta. Traté que todos mis sentidos atraparan el momento y luego poder concretar la maravillosa sensación de estar de pie donde hace pocos días flotara. Hasta allí mi experiencia solitaria.

Debía reanudar mi actividad de radio operador que me convocaba a diario desde horas tempranas. Luego sobre el filo del mediodía sobrevino otra caminata, esta vez con Alfa y Pablo. Se percibía la presencia no muy habitual del sol que mostraba sus últimas evoluciones asomando por detrás del glaciar cada vez más brevemente, ya rumbo al solsticio de invierno.

Después sobrevendría la larga noche polar. Ya sobre el crepúsculo emprendimos una última caminata, esta vez junto a Mariano y Ramón, portando además un improvisado escoplo para comprobar la dureza del hielo. Partimos en medio de la helada escenografía única e incomparable que nos presenta el desierto blanco. Una simbiosis extraña nos integra a nosotros con el paisaje.

Nuestra comunicación era fluida, aunque íntimamente cada uno vivía su propia percepción, notando que el ritmo cardíaco se aceleraba. Intuyo que muy pocas personas tiene la posibilidad de acercarse a centímetros de un témpano tabular de cientos de metros de extensión. También de tocarlo admitiendo que fuera necesario que transcurrieran milenios para que en su lento recorrido se acercara al borde del mar. Luego las temperaturas más benignas, los vientos y las corrientes marinas lo posicionaran en ese lugar precisamente para que nosotros nos sintiéramos pequeños frente a su magnificencia y sus matices que oscilaban entre el blanco brillante el verde y el azul intenso. Absortos ante las curiosas oquedades que la erosión de vientos huracanados sumados al embate de las horas le fueron generando permanecidos extasiados ante él.



Luego observamos la costa de enfrente... Trescientos metros apenas nos separaban del glaciar Collins. Significaba una tentación, o un desafío... podríamos alcanzarlo?.. Podríamos alcanzarlo?.. El témpano quedó atrás, la tarde si iba desdibujando lentamente hacia el crepúsculo. El

cielo era ya absolutamente plomizo, y en medio del silencio sonaban las pisadas de nuestras botas sobre el mar helado. Avanzábamos separados aproximadamente a cinco metros uno del otro, en silencio viviendo intensamente la emoción de esa aventura.

De pronto el hielo que se resquebraja, y en una fracción de segundo la sensación helada que invade el cuerpo sumergido hasta el torso. Mariano que avanzaba detrás intenta acercarse pero también cae al agua. Ramón atónito es el único que queda en pie sobre la superficie sólida y en sus ojos inmensamente abiertos y expresivos no había espanto sino preocupación.

Desde mi posición alcanzo a decirle Negro tranquilo, quédate tranquilo!.. en tanto me acodaba sobre el hielo tratando infructuosamente de zafar de la inmersión.

Mariano, acodándose en un bandejón helado más consistente emerge hacia la superficie por sus propios medios y entre ambos me tienden el escoplo para que asido a él trepe definitivamente a la superficie. Después el regreso de algo menos de un kilómetro, en silencio, con alguna chanza aislada encargada de quebrar el nerviosismo por lo vivido. Las reflexiones sobre el hecho de flotar no obstante la pesada indumentaria antártica.

También la importancia de no vulnerar las medidas de seguridad que por algo fueron establecidas. También el pensamiento giró hacia los dos amigos que me acompañaban en la aventura. Como si en un alocado pensamiento de Enrique Santos Discépolo se mezclaran en forma abrupta y sentenciosa el principio de Arquímedes estudiado en el secundario, y nuestra temeraria irresponsabilidad. Se me deslizaba la incertidumbre sobre la inmersión de mi antigua cámara fotográfica y su aptitud posterior.

Por delante del objetivo de aquella querida compañía de tantas vivencias habían desfilado imágenes felices que quizás jamás volverían a reproducirse, en el papá de Ramón que justamente ese día cumplía 60 años. En las mateadas junto a Mariano donde evocábamos sus andanzas juveniles, las historias de su paso por la facultad, la magia de la radiotelefonía y nuestro común y entrañable amor por la Antártida.

También tenían cabida los proyectos posteriores al regreso de la invernada. Afortunadamente nuestro destino marcó que todo seguiría intacto. Finalmente, el reingreso a la casa habitación, el corolario de una ducha con agua caliente que haría retomar a la piel su coloración natural. Ahora recomenzaba nuevamente la historia... el rito del mate amargo en la radio, un valsecito algo distorsionado que llegaba por las ondas cortas de Radio Nacional que me retrotrae como en un cuento a la casa de la abuela, con sus retamas trepando hacia el cielo, y aspirando el delicioso perfume de las alucemas. A través de la ventana que da a la caleta sumergida definitivamente en las sombras de la noche y arrullada por el silbido del viento helado, dirijo inconscientemente la mirada hacia un sector del mar solidificado que seguramente presentaba una resquebrajadura circular... Creo advertir sobre ella la presencia de Dios. No tiene su habitual túnica blanca. Está vestido con un anorak antártico de color naranja...

(Dedicado a la memoria de mi entrañable amigo Augusto Anselmo Pedro Thibaud "Alfa Tango", bohemio y temerario compañero de travesuras antárticas, que luego falleciera trágicamente al caer en una grieta del aludido glaciar Collins durante su posterior invernada en el año 2005).



Autor: Suboficial Mayor EA (R) Expedicionario la Desierto Blanco, Juan Carlos SALVIA



Una de sus obras: “El amor en el séptimo piso”

Esta publicación es un fragmento de esa obra, el que dedico a la Antártida en este libro, que comparte temas, junto con el Tango y la Radiotelefonía, que son su pasión.

Manifiesta, “Lo escribí en oportunidad de contraer matrimonio a los 79 años... de ahí la metáfora del 7º piso, y por que enamorarse a esa edad, fue una manera de presentación a mi nueva familia, como diciéndoles “este soy yo”...” así pensé, pienso y actúo”

Sus antecedentes:

- Nació en la ciudad de Avellaneda, provincia de Buenos Aires 4 de noviembre de 1939.
- Desarrolló posteriormente en Loma de Zamora la mayor parte de su actividad.
- Está casado con Cristina Elsa Fernández y vive actualmente en Monte Grande.
- Es poeta, escritor, locutor y conductor radial.

- Publicó los libros “24 poemas y una opereta” y “El amor en el séptimo piso”, con el pseudónimo de “Juan Carlos de la Ribera”.
- Publicó artículos en los periódicos “La Nación”, “La Unión”, “La Tercera” “Crics” y en la Revista “Billiken”, sobre la Antártida, la radio y el tango.
- Actualmente es socio honorario del Rotary Club de Lomas de Zamora Este.
- Anteriormente fue presidente de los Rotary de Turdera y Temperley, desarrollando paralelamente actividades como presidente de los Comités de “Relaciones Públicas” “Imagen Pública de Rotary”, y de “Servicio a través de la Ocupación” en los Distritos Rotarios 4910 y 4915.
- Radioaficionado con categoría superior (LU7DA). Vicepresidente del Radio Club Comandante Tomás Espora de Lomas de Zamora. Instructor de telegrafía y miembro del GACW (Grupo Argentino de Telegrafía).
- Secretario de la Academia del Tango de Lomas de Zamora. Académico de Número, conferencista y poseedor del Sillón Académico “Aníbal Troilo”.
- Integrante del programa radial “Salud y Vida Plena”, que se difunde por la FM Ser de Tristán Suárez.
- Miembro de la Subcomisión de Discapacidad de la Pastoral de la Salud y la Vida dependiente de la Diócesis de Lomas de Zamora, siendo además integrante del Equipo de Medios de la aludida Pastoral.
- Participó de cinco campañas antárticas, invernaendo sobre mar congelado en la ex Base General Belgrano, luego en continente antártico (Base Esperanza) y finalmente en la Isla 25 de Mayo del Grupo de las Shetland del Sur (Estación científica Jubany). Durante dos de esas campañas integró el grupo de trabajos que planificó, instaló y puso en el aire a LRA36 Radio Nacional “Arcángel San Gabriel”, en la Base Esperanza. Fue su primer locutor y productor estable. Posteriormente, a su regreso, se constituyó en nexo entre Radio Nacional Buenos Aires y los sucesivos elencos de la emisora antártica.
- Dictó gran cantidad de conferencias sobre Antártida en Clubes de Leones, Rotary, establecimientos educacionales, y entidades barriales. En casos propicios montó antenas y con su equipo de radioaficionado estableció comunicados con bases antárticas argentinas, invitando a la audiencia para que se exprese con sus inquietudes.
- Primó en todos los casos la intención de hacer conocer aspectos inéditos que fortifican las causas de los reclamos de nuestros derechos soberanos sobre el Sector Antártico Argentino y las Islas del Atlántico Sur.
- Actualmente cursa su segundo año en la licenciatura de Periodismo en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora.

2 de septiembre de 2020